

Paul Arène fué un cuentista encantador. Jorge Clemenceau (1841) descansa de la política con el estudio de los dramas de la paternidad (*les Plus Forts*). Catulle Mendès<sup>1</sup> (1843) trabaja con preciosismo asuntos de psicología extraña y diabólica; Léon de Tinseau y François de Nion pintan con gran distinción las escenas de la vida social. El vizconde Melchior de Vogüé<sup>2</sup> (1850) ha vulgarizado entre nosotros con talento la novela rusa y ha escrito excelentes relatos, en estilo limado y lleno de color, *le Maître de la mer*, *Jean d'Agrève*, etc.

Anatole France<sup>3</sup> es un espíritu elegante, distinguido, limado, delicado, artista y cuando lee á Zola, rechaza el libro: « ¡ Son las *Geórgicas* de la Crápula! » Pero si hojearnos *la Reine Pédauque*, ó entreabrimos *l'Etui de nacre*, este escritor delicado nos maravillará, acá y acullá con su brutalidad imprevista. Cada una de sus cualidades aparece de esta suerte acompañada de su contraria muy debilitada, que gravita á su lado con un pequeño satélite cerca de una estrella.

El Sr. France no es sólo un ateniense, discípulo y amigo de Platon, sino un medioevalista erudito y bibliófilo que nació, se educó y vive entre los libros, como un monje inclinado sobre sus infolios. Porque este ateniense tiene algo de monje, por su educación eclesiástica, por su buen humor y por sus especulaciones acerca de los destinos del mundo. Hay en él algo de todo esto, y sin embargo no hay nada de monje, si se tiene en cuenta que su humor dulcemente escéptico haría de él el más burlón de los benedictinos<sup>4</sup>. ¡ Qué espíritu tan agradable, discretamente burlón, mordaz en frío y cuya sátira parece una caricia envuelta en una pérfida candidez! Sus extrañezas son maliciosas y su fingido candor temible; es el más implacable de los demoleadores y jamás descompone un pliegue de la túnica un movimiento demasiado brusco. Jamás cruza por aquel rostro desdeñosamente impasible y por aquella alma inalterable que parece modelada por el comercio de Filinto y de Le Sage, una llamarada de cólera<sup>5</sup>.

En otro momento puede sorprendérsele en flagrante delito de lirismo en el cual habrá seguramente algo más que retórica. No le llamo únicamente lírico porque á veces alce el vuelo cuando trata graves problemas: lo es esencialmente por la necesidad constante de mostrar su personalidad, de impregnar en ella sus libros y sus héroes, de insinuarse de-

1. Véase la nota pág. 792 acerca de su trágica muerte ocurrida en 1909. (N. del T.)

2. Acaba de morir en el presente año de 1910. (N. del T.)

3. Anatole France nació en 1844. Principales obras: *le Crime de Silvestre Bonnard* (1881), *le Livre de mon ami* (1885), *Thaïs* (1890), *la Hosteria de la reina Pédauque*; *el Lirio rojo* (1894), *Historia contemporánea*, *el Olmo del Mallo*, etc., etc., (1897-1900).

4. El escritor que más se parece á él entre nosotros, por la elegancia de su prosa, su erudición clásica y su delicada ironía es el incomparable autor de *Pepita Jiménez*. (N. del T.)

5. Ultimamente, á consecuencia del asunto Dreyfus, ha cambiado por completo, convirtiéndose en escritor revolucionario y en admirador de Zola, adorando lo que antes quemó. (N. del T.)

trás de las masas que pone en movimiento, y de difundirse él mismo en su obra hasta contarnos por fragmentos, toda su vida, desde la infancia de su amigo hasta su criada que es bretona, sus gatos y sus libros: éste es, en verdad, el lirismo de Horacio y de Sainte-Beuve. En filosofía y en moral tiene páginas desconsoladoras, en el reverso de las cuales se hallarían las exhortaciones más confortadoras, y las conclusiones más extrañamente benévolas en medio de todo lo que vemos: « Hace mucho tiempo que la virtud vive entre nosotros. Llevaba de la mano á nuestros padres, y todavía la seguimos hoy día. »

Tales son algunos de los principales rasgos de esta fisonomía; todos ellos están marcados por partida doble, como en una figura dibujada con un lápiz de dos puntas. El dibujo resulta algo indeciso; los contornos flotan, pero esa misma indecisión está llena de encanto y de modernismo y estaba de moda á fines del siglo XIX. El espíritu público sentía cada vez más horror á la nitidez, á la afirmación resuelta, á la decisión categórica; el escepticismo se iba infiltrando por todas partes hasta en el arte. Los modernos pintores mostraban predilección por cierto colorido vago, lavado y como bañado en una transparencia vagamente esfumada. Si nos remontamos á las causas, toda la culpa fué de Renan. Con sus hábitos de vacilación y de tergiversación que le impedían trazar rasgos firmes, fué el padre lejano del impresionismo y el padre directo del Sr. France.

El nacarero coge un pedazo de madera fina, una tablita inútil, desechada y se complace en cubrirla con las taraceas más llenas de soltura. El cincelador se apodera de una plancha de cobre que rechazaría cualquier calderero y traza en ella con la punta de su buril los dibujos más minuciosos. El repujador japonés compra y se lleva cuidadosamente á su casa un cilindro de bronce y bajo las lentas caricias de su cincel, van apareciendo sobre las paredes del más admirable vaso, los escamas, los fragmentos y todo un industrioso mosaico de porcelana desmenuzada.

La del estilista es una tarea análoga. Borda sobre una trama ligera: es el cincelador de frases, el hábil coleccionador de palabras, el sabio cincelador de la expresión.

En ese caso el estilo no es ya únicamente la forma que reviste la idea y el medio cómodo y necesario para comunicar á nuestros semejantes las impresiones de nuestra conciencia. El medio se convierte en fin, y el arte de escribir en un placer que se basta á sí mismo.

El Sr. Anatole France es un artista del estilo. *Thaïs* es una obra maestra, de forma desembarazada, flexible, de tonos vistosos y rica en múltiples reflejos; diríase un tapiz de Menfis, lleno de visos, con laminillas de oro y acero, cebreado, sembrado de lentejuelas, fulgurante, matizado por el sol que se refleja en las arenas del desierto. En él se encuentran las más hábiles imitaciones de los coloquios de Sócrates con sus disci-

pulos, tales como nos los ha conservado Platon; en sus páginas se hallan examinadas las cuestiones metafísicas, copa en mano y con la cabeza coronada de flores; Timocles, sentado inmóvil con las piernas cruzadas a la orilla del río, con el cuerpo desnudo, la caballera blanca y la piel de color de ladrillo, expone a Pafnucio en sus grandes líneas el sistema del pirronismo, y el cuadro resulta exquisito.

Me figuro que este pirrónico de piel de color de ladrillo no está allí para formar juego con los datileros que le rodean; el autor siente hacia él una predilección justificada por la simpatía de las ideas, por la analogía de las tendencias y por la comunión en el escepticismo. Porque en el fondo es tan escéptico como Timocles. Tiene un misticismo que engaña, humoradas de majestad que se divierte y de esfinge que se burla alzando la pata.

Estas mismas cualidades forman el encanto de otra colección: *l'Etui de nacre* donde figuran cuentos agradables, *Amycus et Celestin*, *le Jongleur de Notre-Dame*<sup>1</sup>, *Oliverie et Liburette* y toda esa primera serie que parece haber caído del bolsillo de un muy antiguo y muy experto narrador de romances, alegorías y otras gentilezas.

En él se encuentran también el tono, la credulidad de los viejos trovadores, los trabajos de arte en el convento y los cuentos antiguos, donde los unicornios apoyan su cabeza sobre las rodillas de las vírgenes y donde los ricos varones coleccionan pájaros mecánicos ó espejos deformantes.

Ciertas páginas recuerdan a *Thaïs*, y también a las hadas del *Libro de mi amigo*; y seguramente ha sido la abuela Nozière la que ha enviado la banda de sansculotes cuyos clamores espantaban a la Sra. de Luzy. Hay allí un puñado de anécdotas revolucionarias que no dejan de tener encanto.

En la *Hostería de la reina Pédaugue* hallamos el humorismo verboso, el ingenio, la ciencia, las paradojas, las mostruosas candideces y los refinamientos profundos del pensamiento ó del análisis.

Allí vemos a Jerónimo Coignard, gordo y regocijado, tan gran bebedor de ciencia como de pichales y gran aporreador, sentarse a la mesa sin cumplimiento, semejante a un hombre que no hubiese visto desde hace largo tiempo ni un muslo ni un alón de pavo y discurrir largamente acerca de todas las cosas: la sal, la existencia de Dios, el obispo de Séz, santa María Egipciaca, que no teniendo dinero para pagar al barquero, ofrece su cuerpo, y otras lindas historias. ¿Qué pasa después? ¿Qué importa? Aquello que menos interesa es la acción. Lo que hay que gustar es el encanto de este estilo dulcemente socarrón, locamente erudito, candidamente cínico; son los caracteres y los tipos dignos de las

1. *Le Jongleur* es la graciosa leyenda medioeval que cantó deliciosamente nuestro Berceo. (N. del T.)

estampas viejas: el hostelero sanchopancesco, su cándida y blanca esposa y el hermano Ángel, capuchino indigno; pero hay que perdonar a los capuchinos, « porque pecan sin malicia »; y el gran fraseador erudito, Jerónimo Coignard, y el alquimista y el viejo judío y el señor galante, y Catalina y Jahel, apetitosas muchachas, se experimenta la sensación de haber leído un libro ilustrado. Aquí se ve la hostería, allá el castillo de Astarac, la frondosa isla del Sena donde Astarac predica el ocultismo bajo la lluvia de estrellas, la habitación de Catalina, el viaje en silla de posta; todo ello se halla tan netamente indicado, señalado y pintado que el lápiz del artista no tendría necesidad sino de seguir el texto para obtener una serie de muy agradables estampas.

La obra de Anatole France no puede llegar a ser popular porque es demasiado distinguida. Por los asuntos que trata, y por la manera como los trata, aleja de sí a la multitud. Puede disertarse ingeniosamente sobre todas las cosas y agradar sin embargo a todos. Uno de los predecesores intelectuales de Anatole France, al que recuerda con más frecuencia por su costumbre de pasar de un asunto a otro y de sentarse para iniciar digresiones, por otra parte encantadoras, es Xavier de Maistre, el cual ha charlado agradablemente en sus viajes y ha sido muy leído. Lo mismo que Anatole France se dejaba llevar por el hilo de sus ideas, pero sabía que esta exquisita divagación cansa pronto y la abandonaba al cabo de ochenta páginas. Pero acerquémonos al *Olmo del Mallo*. Es una obra maestra de delicadeza: pero no se puede leer de un extremo a otro sin fatiga. Hay que saborearla por pequeñas dosis.

No hay allí sombra de plan. Nadie es capaz de leer de una sentada los *Ensayos* de Montaigne. France le recuerda en parte y se deja llevar de sus ideas. Plantea claramente el conflicto del obispo y del prefecto en una ciudad pequeña y parece queda definida: sin embargo no hay nada que se parezca a eso. Todos esos personajes que prevemos tan llenos de vida, no van a obrar sino a hablar; desde la página 200 a la 300, nos presentará todavía el autor personajes nuevos que no habíamos visto y que acuden simplemente para tomar parte en la conversación general. Este libro es un *drawing room*.

Esta gente está viva, aunque no tiene nada que hacer: el prefecto judío, el obispo prudente, el ambicioso director del seminario, el sacerdote profesor de elocuencia, el profesor laico de filosofía en la facultad, la prefecta, que hace comprar las casullas viejas para hacer, como dice un abate, « esa especie de asientos comúnmente llamados *poufs* »; y el librero, y el sustituto y el general. Allí está, pintada al vivo, toda la población ordinaria de una ciudad de provincias. En cuanto a la acción, no existe. Todos charlan. Y todos parece que hablan con la misma voz y con el mismo ademán. Parece que se los ve con la cabeza algo inclinada, parpadeando y con el índice a la altura del ojo.

La burla perpetua contribuye á crear la sequedad. El entusiasmo reanima el corazón. La burla continua, fatiga. Sin embargo; qué gasto de ingenio! El superior del seminario deponen presencia de su obispo contra el profesor de elocuencia. « Le acuso de dos cosas: 1.º en cuanto á su doctrina; 2.º en cuanto á sus costumbres. Digo que acrimino su doctrina y esto fundándome en cuatro motivos: 1.º... » Se echa de ver, por el plan vagabundo del libro, que el autor no pertenece á dicha escuela. Pero escúchese el cuarto motivo de acusación contra el abate Guitrel:

4.º El Sr. Guitrel tiene costumbre de ir todos los días á las cinco á la tienda de la Sra. Magloire, pastelera en la plaza de San Exuperio, y allí inclinado sobre los aparadores, las consolas y las mesas, examina con interés profundo y con asiduidad laboriosa las golosinas amontonadas en los platos y fuentes. Después, parándose en el sitio en que se hallan colocados esos pasteles que, según me han dicho, se llaman bizcochos de crema y bizcochos borrachos, toca con la punta del dedo uno de ellos, y luego otro, y hace envolver estas bagatelas de la gula en una hoja de papel. Muy lejos de mi ánimo acusarle de sensualidad por esa elección minuciosa y ridícula de algunos pastelillos ó pastas azucaradas. Pero si se considera que se dirige á casa de la Sra. Magloire á la hora misma en que acuden á dicha tienda las personas elegantes de ambos sexos, y se expone á las burlas de la gente de buena sociedad, no puede menos de preguntarse si...

*El Maniquí de mimbre* forma la continuación del *Olmo del Mallo*, si es posible que relatos en que no pasa nada tengan necesidad de seguirse unos á otros. Pero hay muchos momentos en la vida en que no pasa nada y ese nada tiene sin embargo continuación y á veces consecuencias.

El autor nos transporta á la pequeña ciudad provincial de N..., donde se habla mucho, en casa del profesor Bergeret, en casa del prefecto, en casa del cura, en las alamedas del Mallo plantado de olmos, en las puertas de las casas y en casa del librero Paillot. Hay entre toda esta población algunas ambiciones, muchos chismorreos y un drama. La Sra. Bergeret engaña á su esposo con un discípulo de éste y se ve castigada por el desdén silencioso del marido á quien ella ha llamado « foutriquet »<sup>1</sup>, perteneciendo por su parte á la familia de Pouilly — ¡ á los Pouilly del diccionario!

Esta ligera trama da lugar á variados adornos, que son disertaciones acerca de las actualidades, crónicas chispeantes y la mayor parte de las veces paradójicas acerca de una multitud de asuntos, á lo cual se daba en otro tiempo, en la época de Villemain, el nombre de misceláneas: — aquí Bergeret caracteriza á los antiguos romanos que eran

1. *Foutriquet* viene á significar lo mismo que hominicaeo, chiquilicuatro, chisgarabis, mote que dió á Thiers el mariscal Soult. (N. del T.)

ante todo excelentes maestros de obras; allá el soldado Roux se explica acerca del militarismo; más allá es una teoría del verso libre, una imitación decadente. No pensamos, al escucharlos, en juzgar de su parecido con la vida ni de su conformidad con la real; son gente que nos divierte con su aturdidora facilidad de raciocinar, de mezclar las ideas, y de hacer con ellas mixturas desconocidas, invenciones imprevistas, arabescos ingeniosos, que se entrelazan sobre las blancas paredes de la retórica. Es como un juego al que nos prestamos de buen grado porque la partida tiene atracción y nos embelesa.

Por lo demás, el realismo aparece acá y acullá como para consolidarlo y conglutinarlo todo, del mismo modo que se conoce la consistencia de un parterre de flores al ver entre sus platabandas, manchas de mantillo.

Desde sus principios, se ha verificado en él una evolución. En la primera época anduvo errando solo por los valles vírgenes donde florece el asfódelo. Este hombre no era de los nuestros. Soñaba en voz alta y á lo lejos. Parecía separado de nosotros por el alto muro de un seminario, por las polvorientas vidrieras de una biblioteca, por los multicolores vidrios de las viejas catedrales, por un obstáculo grave é imponente. Pero he aquí que el asceta da tres pasos y se acerca á nosotros, saliendo de su ermita. Ha mirado en torno suyo y ha sonreído al ver que había hombres, que había contemporáneos. Los ha estudiado ó contemplado curiosamente, y su descubrimiento le ha hecho reír; tan raros nos encontraba! Ahí estamos, en el momento en que nos descubre. Sus obras más recientes se hallan animadas de la *vis comica*.

Imáginese á un pobre profesor de provincias sentado ante su mesa en su modesto despacho, reducido por el monstruoso vientre de albañilería de la caja de la escalera, que no deja más espacio que dos rincones nada razonables é inhumanos. Entra su mujer. Quita los gruesos volúmenes del diccionario de Freund, que hundían el asiento de una butaca y se sienta en el sitio que ha dejado libre. He aquí una acción, aparentemente sencilla, poco dramática, poco á propósito para sugerir pensamientos profundos ó especulaciones metafísicas. Ahí está el error. Todo el mundo diría: la Sra. Bergeret quitó el diccionario y se sentó. ¿ Pero qué le ocurre á Bergeret? ¿ Á qué meditaciones le conduce este fenómeno aparentemente digno de desdén! Su espíritu piensa inmediatamente en la creación del mundo y en la nebulosa primitiva:

El Sr. Bergeret consideró alternativamente los volúmenes encuarto colocados contra la pared y á la Sra. Bergeret que los había substituido en el sillón. Y pensó que aquellos dos grupos de substancia, por mucho que se diferenciase en el momento actual y por muy diversos que apareciesen por su aspecto, por su naturaleza y su uso, habían presentado una semejanza original y la habían conservado largo tiempo cuando uno y otra, el diccio-

nario y la señora flotaban aún en estado gaseoso en la nebulosa primitiva. Porque en fin, decía para sí, la Sra. Bergeret nadaba en lo infinito de las edades, informe, inconsciente, esparcida en ligeros resplandores de oxígeno y de carbono. Las moléculas que debían componer un día este léxico latino gravitaban al mismo tiempo durante las edades en esa misma nebulosa de la que debían salir al fin monstruos, insectos y algo de pensamiento. Ha sido necesaria una eternidad para producir mi diccionario y á mi mujer, monumentos de mi penosa vida, formas defectuosas y á veces importunas. Mi diccionario está lleno de faltas, Amelia contiene un alma injuriosa en un cuerpo embarcado. Por eso no hay que esperar que una nueva eternidad cree al fin la ciencia y la belleza. Vivimos un momento y no ganaríamos nada con vivir siempre. No es tiempo ni espacio lo que faltó á la naturaleza y ya vemos su obra.

¿No era en verdad este un hombre extraordinario?

El Sr. Anatole France nos hace sonreír empleando un tono grave, solemne y tieso para circunstancias evidentemente íntimas, bajas, humildes y vulgares como cuando un prelado habla de una tortilla al ron con el tono que conviene emplear al hablar de las bulas papales. Otras veces es lo contrario. Una escoba y un ovillo de cuerda intervienen en medio de las tristezas y de las lamentaciones en circunstancias trágicas que inspirarían á otros sentencias austeras y aspecto contrito.

De esta suerte resulta siempre la nota alegre del contraste, de la oposición que forman, chocando entre sí, la idea y la forma. Jamás tiene la vestimenta que esperaríamos ver en ella y esto nos hace reír. Con *Crainquebille* empieza á insinuarse en estas gracias algo de piedad. Sería este un fin muy lindo<sup>1</sup>.

Un don raro de visión y de impresión, el paisaje visto á través de un temperamento sensible y vibrante, entristecido por la nostalgia del pasado y el recuerdo de las vidas anteriores, una facultad singular de sentirse en comunión con todos los seres, hasta los más inferiores, muchachuelas insignificantes del Extremo Oriente, un buey, un perro ahogado; una compasión infinita y dulcemente expresada; un sentido delicado de la poesía de la naturaleza; un estilo que oscila entre el amaneramiento y la incorrección, siempre lleno de imágenes, evocador y sugestivo, un talento delicado para pintar con la pluma: todo esto es suficiente para definir á Pierre Loti y justificar el favor que el público dispensa á su obra<sup>2</sup>.

1. Todas las novelas de Anatole France han sido traducidas recientemente en castellano. El autor acaba de hacer un viaje á Buenos Aires para dar conferencias literarias y ha vuelto encantado de la grandiosidad y progresos de las reinos de la ciudad de Sudamérica, en la que ha encontrado un nuevo París.

2. Julien Viand, seudónimo literario: Pierre Loti (nacido en Rochefort en 1850). Obras principales: *el Matrimonio de Loti* (1880), *la Novela de un spahi* (1881), *Mi hermano Yves* (1883), *Pescadores de Islandia* (1886), *la Novela de un niño* (1890), *el Desterto y Jezuslén* (1895).

De luengas tierras, luengas mentiras<sup>1</sup>. P. Loti ha divulgado el Extremo Oriente en una época en que se viajaba poco por allá, y ha abusado algo de nuestra credulidad. El Japón es más conocido después de la guerra ruso-japonesa y sabemos hoy día que el Japón de Loti de papel y porcelana, es de pura imaginación. Un paponés decía: «Imagínese á un extranjero que os presente como tipo de la francesa á la última de las muchachuelas del puerto de Marsella, y la vida en Francia, conforme á su existencia en una aldea perdida en el fondo de Bretaña; se tendrá una pintura tan exacta como lo es *Madama Crisán-temo*.»

Constantinopla, donde es más fácil comprobar la verdad, la ha tratado con menos fantasía aunque le ha inspirado no menos lindos cuadros. La vida á bordo, las noches en el mar, los pescadores de Islandia, los marineros y el país vasco le han inspirado páginas maravillosas. Puede criticársele y burlarse de su fatuidad: pero no es posible resistir á su encanto. Es un puro y gran romántico, el más delicioso representante entre nosotros de la literatura personal. Sufre con todos los sufrimientos, vibra con todas las emociones, y no es posible leerle sin esa simpatía que etimológicamente significa comunión de los corazones.

Sus novelas cortas tienen las mismas cualidades que sus libros más célebres, y éstos resultan igualados por las menos conocidas de sus obras. Después de *Mi hermano Yves* y *Pescadores de Islandia*, podéis leer *Marineros*: es también excelente pintor de los afligidos del mar. En sus páginas se ve siempre esa grande y profunda melancolía, la tristeza sin remedio, la desgracia encarnizada é inmerecida, narrada con el tono penetrante de una sensibilidad triste y que sufre. Descripciones esfumadas de los países lejanos, escenas de costumbres á bordo, amores ligeros, durante la estancia en los puertos y por encima de todo ello, la grande y dolorida imagen de la madre, la madre santa y adorada cuyo duelo final resulta el más desconsolador de los relatos; toda la historia se halla referida en tono dulcemente velado y poéticamente febril inspirado por las sublimidades íntimas del amor de las madres y de los hijos.

Acompañadle al país vasco que no tiene literatura y cuyos pintores se pueden contar fácilmente. Es más, muchos no han hecho sino atravesar la región, como Teophile Gautier, que escribía:

Urrugne,  
Nom rauque dont le son á la rime répugne.

1. Efectivamente Pierre Loti, á juzgar por lo que dicen los japoneses, ha mentado mucho, pintando un Japón por el estilo de la España que suelen pintar los escritores franceses.

Victor Hugo ha explorado el país y Taine también. Dumas padre, en su divertido relato *De París á Cádiz*, nos hace pasar también por allí al galope de las mulas que arrastran la diligencia y á su mayoral entre torbellinos de polvo de la pedregosa carretera, excitadas por los saltos y los gritos del postillón y del zagal. He aquí todo lo que no existe, todo lo que ya no se ve, todo lo que quita con su ausencia mucho de su carácter pintoresco á este país en otro tiempo tan extraño. ¡ El mayoral, el zagal! todo se acabó. Se acabó el delicioso y abigarrado, desfile lleno de color de tipos y de trajes, sombreros de pintores, chaquetillas con golpes de terciopelo, botas ó alpargatas. ¡ Qué maravilloso país donde se oye detrás del acantilado ese majestuoso mugido que es la respiración del océano en el fondo de las pequeñas ensenadas semejantes á diminutos fjords salpicados de espuma. Las muchachas son lindas, tienen la piel blanca, los dientes hermosos y el talle esbelto. La Graciosa de Loti, en su novela, es el tipo perfecto de ellas.

Calzados con la sandalia *ezpartinac*, multicolor, los mozos van por las aldeas á organizar el contrabando, armados con el garrote de madera de nispero, guarnecido de cobre y plomo, la *makila*, sujeta al puño con una correa.

Todos estos tipos, todas estas visiones reaparecen leyendo á *Ramuntcho* que es de hoy en adelante la epopeya pintoresca de esta región.

Loti la conoce. Ha mandado largo tiempo el *Javelot*, pequeña cañonera amarrada en la orilla francesa del Bidasoa, enfrente de la cañonera española que guarda la otra orilla. Al leer sus páginas, revive y reaparece ante nuestros ojos todo ese hermoso país. En medio del Bidasoa está la isla de los Faisanes, hoy silenciosa y abandonada, pero que uno se representa en el momento del matrimonio de Luis XIV, cuando se halla todo el país cubierto por los uniformes blancos y rojos de las escoltas, y las carreteras surcadas en ambas orillas por las doradas carrozas, mientras resonaban en los aires los pifanos, los tamboriles, y las trompetas. Al presente, en lugar de los Mazarinos y de los Luises de Haro, de Felipe IV y de Luis XIV, de María Teresa de Austria y de sus cortejos, en la pequeña isla enteramente verde y que apenas es más grande que un paquebote, no se encuentra sino al jardinero internacional que fuma cigarillos echado de codos en el monumento conmemorativo que decora aquel islote comparado por Teofilo Gautier poco decentemente á un lenguado frito.

Si P. Loti supone á Ramuntcho hijo de padre desconocido y extranjero, no lo ha hecho sin motivo, sino para pintar el estado de un alma que no es autóctona, indígena, que tiene lazos con cosas de otra parte, recuerdos y reminiscencias de otro tiempo, de antepasados que vivían de otra manera, para decirlo de una vez. Loti quiere describir las sensaciones de un hombre que tiene á la vista el país vasco sin tenerlo en la

sangre, como le sucede al mismo Loti y esto nos permite generalizar. El autor copia su héroe de un modelo que se halla siempre ante él y ese modelo es él mismo. Ha sentido y experimentado lo que atribuye á Ramuntcho; hablando en otros términos, Loti imagina poco. Reproduce fiel y artísticamente, pero no inventa. Es un reflector. Siendo como un espejo situado en el centro del mundo, su talento consiste en reflejar el mundo exterior con un vigor, un relieve, una coloración y una verdad raras.

Esta imagen que las cosas exteriores proyectan dentro de él no deja de conmoverle, de solicitar su sensibilidad nerviosa é irritable; su espíritu no es un hielo insensible y aquí estriba el gran arte y el gran mérito. Despide, refleja, proyecta á su vez esa imagen formada de elementos reales y de emociones de su ser, la arroja hacia afuera y se nos aparece en el libro con el encanto penetrante y exquisito que en ella vemos.

No imagina, no saca nada de su propio fondo: se abre á nosotros, sus libros son las confidencias de su personalidad, egoísmo legítimo y fecundo que los poetas han consagrado con el hermoso nombre de lirismo. Experimentamos esta impresión, ya nos haga asistir á las animadas peripecias del contrabando, ó á la partida de pelota, — juego que los españoles dejaron tras sí al abandonar á Flandes, donde se halla muy floreciente; dejas también conducir deliciosamente á la pequeña iglesia para asistir á misa el día de los Santos, al cementerio, en que las tumbas tienen á la cabeza gruesas piedras redondas plantadas de canto; al fandango cuya descripción es tan linda después de tantas otras; al convento modesto y silencioso perdido en la montaña; al fondo de los sombríos desfiladeros por donde se despeña el torrente impetuoso; paraos á considerar la naturaleza con sus más admirables efectos de noche, de alba, de crepúsculo, de lluvia y de invierno.

Dejas conducir á Galilea: Loti hace flotar sobre los pedregosos valles la grande imagen del niño de Nazaret y la de Bonaparte. Pero la historia y el arte se funden mal juntamente bajo su pluma. Y este adorno de información libresca cae muy mal sobre el resto y se alabea. Hubiérase preferido que dejase decididamente á un lado toda exégesis; no es ni su oficio ni su función, ni tiene aptitud para ello: diríase que es un delicado cincelador martillando el palastro. — Para nosotros equivale á robarnos tiempo y poesía. ¡ Sobresale tanto en pintar que sentimos mucho cuando le sorprendemos leyendo!

Un ejemplo hará sensible esta diferencia. He aquí dos fragmentos sacados de la misma página á algunas líneas de distancia. Primero la historia:

Los samaritanos, como es sabido, tienen su origen como pueblo diferente

del hebreo; en la destrucción del reino de Israel por Salmanazar; son descendientes de los idólatras llevados de Babel, de Couth y de diferentes puntos de la Asiria, que se mezclaron con algunos hebreos que habían quedado en la Judea casi despoblada. Al regreso de la cautividad de Babilonia los israelitas se negaron á reconocerlos como descendientes de Abraham.

Este documento carece de carácter, es frío é insípido como un pasaje de manual ó de guía del viajero. Loti ha desaparecido, se ha eclipsado; el insecto de élitros dorados carga sobre sus finas alas dos grandes diccionarios encuadernados en tela gris. Pero el suplicio dura poco y el poeta se escapa inmediatamente del cepo para cantar en pleno y libre lirismo:

En nuestra Francia tan nueva, en todo nuestro Occidente nacido ayer, si se nos ocurre recogernos en presencia de ruinas romanas, ó solamente góticas, se concibe lo que puede llegar á ser esta opresión del pasado cuya existencia es conocida en los anales de los hombres desde hace cerca de cinco mil años.

El pensamiento es profundo en este segundo pasaje, expresa uno de los sentimientos que Loti ha experimentado mejor que nadie y de un modo pintoresco y nuevo: la poesía del tiempo, el encanto del pasado, la perturbación del porvenir, « de esas épocas conjeturadas en que, después del agotamiento de las razas, la verde naturaleza se extenderá lentamente para volver á crear sus bosques primitivos ».

La erudición le juega malas pasadas. Se siente desorientado en el encerado piso de las bibliotecas, él que ha nacido para el aire libre, para la poesía de la naturaleza, para la embriaguez de los sentidos « para los aspectos íntimos del campo, para el color, los sonidos y los perfumes ». He aquí su verdadero dominio en que es rey. Sobresale en los efectos pintorescos de lluvia ó de sol, de flores ó de bosques. Contémplese desde lo alto de Nazaret el paisaje que fué familiar á la infancia de Cristo. Es un lienzo de mano maestra:

Ni un árbol viene á interrumpir la monotonía de estos planos de montañas que, por lo demás, no presentan ninguna forma violenta y cuyas curvas se hallan tan suavizadas como los matices. Más allá de las verdes llanuras que simulan á nuestros pies un agua profunda, en la vertiente de la bahía, opuesta á la nuestra, pacen rebaños de cabras, lentos regueros negros; — diríase al verlos desde donde nos hallamos, que cambian de lugar ondulando, que poco á poco van bajando todas como si fuesen un líquido hacia las gargantas de la parte baja. De vez en cuando las llaman los pastores y oímos á lo lejos el eco prolongado de sus gritos; ó bien tocan el caramillo y entonces sube hasta nosotros un ligero ritornelo salvaje, una locata cándidamente quejumbrosa, en medio del silencio de aquel lugar casi santo. El Thabor yergue á lo lejos su cima algo azulada por la distancia y en

la extremidad del horizonte se dibujan los montes de Galaad. El aire es suave y ligero. Pasan ligerísimas ráfagas, sin frío y sin calor, idealmente puras.

He aquí el tipo de la descripción de Loti: es maravillosa, luminosa y vaporosa; las palabras se hacen luces, la pluma está más cargada de colores que un pincel y el estilo tiene relámpagos. Un carácter curioso de estos países de Oriente es su monotonía y su uniformidad. El islamismo les ha impreso á todos una marca común y todos se parecen. Hay el « país de Oriente » considerado en sí mismo, y es difícil diferenciar entre ellas las regiones de Levante. Un morabito de blanca cúpula en el fondo sombrío de los retorcidos olivos ó sobre el ocre vivo de las arenas, — póngaselo donde se quiera, donde haya sol, en Marruecos ó en Siria, — y se estará seguro de copiar la naturaleza. Los zocos de Naplusa ó los de Beyrouth con sus industrias acantonadas y clasificadas como en nuestras ferias del siglo XVIII, difieren poco de los que visitamos en Túnez ó en Argel.

Loti ha experimentado maravillosamente la turbación y el encanto de estos lejanos misterios que hacen de este modesto rincón una tierra de elección, consagrada por el hombre divino, ennoblecida por la Cruzada y enteramente impregnada de poesía. La piedad es también un sentimiento que le acompaña por todas partes en sus viajes y en sus obras, y que nos le hace infinitamente simpático. Nos enternece ante la muerte del *Buey*, cuando se aparta para no asistir á la hecatombe pascual de Carizim, y cuando en Damasco se interesa en muy graciosas páginas por una niña que se ha herido.

El alma de Loti es un alma hermosa, sensible y vibrante que se derrama toda entera sobre la naturaleza á la que penetra íntimamente y á la que ama y comprende. Eleva en sí el espíritu de las cosas, nadie ha sabido experimentar y expresar mejor que él el sentimiento de la naturaleza, el sentido y la expresión de sus afectos, con una felicidad de forma que ya no conoce en las últimas obras los atrevidos descuidos de las primeras.

Paul Bourget, pintor de la alta sociedad, de la aristocracia cosmopolita, maestro de la novela psicológica después de Benjamín Constant (*Adolphe*) y de Beyle-Stendhal, sobresale en un género que, á no ser por él, no produciría en nuestros días sino Emile Olivier (*Madeleine*) y Jean d'Agrève por Melchor de Vogüé; experto en los análisis perspicaces de los estados de alma, largamente descritos en *Cruel Enigma*, *Crimen de amor*, *Andrés Cornelis*, el Hamlet moderno, *Mentiras*, ó sea los engaños del amor, *el Discípulo*, el mejor de sus libros, cuadro po-